

más bien de un escéptico dispuesto a sonreír con ironía ante la comedia humana, y antes que pronto al sacrificio, deseoso de transigir con lo que se adaptase a sus conveniencias y propósitos. Hasta de su exaltación patriótica duda la crítica de Araujo, y no sólo duda, sino que la niega a puño cerrado. Para Goya, tan feroz era el español que mataba al francés, como el francés que fusilaba al español. La fiera, la barbarie, la estupidez humana en conjunto es lo que Goya veía y lo que satirizaba sin compasión y sin hacer excepciones en pro de determinados ideales.

Tratándose de Goya, es natural que se haya formado leyenda. Porque si no hay sugestión legendaria en la vida y carácter del pintor, la hay y poderosísima en sus obras. Lo que en sus actos no existe, lo ve la fantasía al través de aquella producción tan expresiva, enérgica, inmensa, variada, castiza, original hasta dar en extravagante. Sucédele a Goya lo que a Cervantes; se descubre en sus obras un contenido enorme, y el interpretarle es la tarea más fácil y grata del mundo; forjar sobre el autor una novela, sólo requiere algo de imaginación efectista.

La novela forjada sobre Goya por el escritor francés Carlos Iriarte tiene todos los requisitos. Goya aparece convertido en galán de comedia antigua; por una riña a cuchilladas se ve precisado a ausentarse de Zaragoza; para realizar el viaje a Roma, careciendo de recursos, se mete a torero y va con su cuadrilla de plaza en plaza; en Roma sigue siendo «el aventurero de siempre, persiguiendo transtiberinas y riñendo a navajadas con los hombres del pueblo»; intentando el rapto de una monja, ni más ni menos que D. Juan Tenorio; sorprendido por los frailes; acosado por la Inquisición, y obligado otra vez a huir, a regresar a España, donde continúa sus valentías al arma blanca y sus conquistas amorosas, entreveradas con zambras y desafueros, puñadas y coces, burlas a boticarios y otros lances propios de aquel pintamonas del período romántico, Cabrión, a quien Eugenio Sue retrató en *Los misterios de París* quemando la sangre con sus travesuras al portero Pipet. Estas calaveradas sienten Araujo con mucha exactitud que acaso las realizase la *partida del trueno*, pero que las más serán puras invenciones, referidas en España a Iriarte, y atribuidas a Goya creyendo hacerle así más interesante a los extranjeros; «porque los españoles tenemos a gala que nos crean guape-tones.»

Los supuestos amoríos entre la duquesa de Alba y Goya son lo que más ha cundido de la leyenda, dentro de la misma patria del gran pintor. Todos han oído mil alusiones a esta historia de galantería, que se cree revelada en tapices y cuadros. Y sin embargo, ninguna prueba es fácil alegar en confirmación de semejante historia, que desmienten las noticias cronológicas y los datos claros y seguros y a la cual quita toda verosimilitud el estado y condición de Goya, buen marido, padre de familia, entrado en años y nada galante ni romántico por dentro, como era seguramente Moratín.

La cuestión respecto a la sátira de Goya es la misma que se ha suscitado con respecto a Cervantes mil veces. ¿Fue intencionado todo lo que creemos ver en *El Quijote*? El instinto nada más, la espontaneidad del artista, dictaron episodios como los del *Cuerpo muerto* y la *Insula Barataria*, o se desahogaba allí la observación amarga de un espíritu que veía más claro que sus contemporáneos y dejaba consignada su perspicacia para que lo entendiesen los venideros? ¿Se puede creer que nadie lance flechas con los ojos vendados y dé en el blanco seguramente? No existen, en todas las épocas, personas que han visto más claro que la sociedad que los rodeaba, y dádose cuenta de los errores generales, y tirado a corregirlos por la insinuación, ya que no podían por el ataque directo y explícito? Hemos conocido y conocemos casos de esto, y no nos asombran. Lo asombroso no es que una inteligencia recta y clara y no viciada conozca la verdad, sino que posea, en la cantidad que lo poseía Goya, el genio necesario para dar forma docente y ejemplar a ese conocimiento, dentro del arte más intenso y más sugestivo. No faltaría en tiempo de Goya, ni ha faltado en tiempo alguno, una reducida minoría persuadida de que el *sueño de la razón engendra monstruos*; lo difícil es ser Goya para saberlo formular con el lápiz de un modo que jamás se olvide.

Después de Goya, el más genial de los trasladados es Juan Donoso Cortés, primer marqués de Valdegamas y autor muy renombrado, no sólo en España, sino en Europa, del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Quisiera hacer comprender

bien la diferencia que existe entre estos dos personajes, y por qué veo tan superior a Goya. Hay en momentos dados corrientes y movimientos sociales que encarnan en algunos individuos más o menos representativos, y los acuñan, por decirlo así, en medallas que se parecen las unas a las otras, como se parecen las monedas de una misma época. La corriente del renacimiento religioso o neo-catolicismo, determinada por los excesos de la revolución y la violencia arrolladora e invasora del Imperio francés, y por la explosión romántica, en su esencia cristiana, produjo las figuras de los Bonald, De Maistre, Ozanam, Chateaubriand, Veuillot, Montalembert, y en España, la de Donoso Cortés. Estas figuras se asemejan. Marcado aire de familia las sella, a pesar de las diferencias individuales. Son *pléyade*, son *constelación*. Es indudable que son fruto y resultado del ambiente; que a nacer en otro siglo, no dirían lo que dijeron. — Goya, por el contrario, se presenta como un fenómeno aislado, acaso contrapuesto a todo el movimiento artístico y de su edad, y sin secuaces ni escuela en las siguientes. Lo individual (tal vez la clave de lo genial) es en él tan fuerte y pujante que rompe por todo, se sobrepone a todo, y se muestra inimitable, libre, salvaje, sin freno ni ley, ó mejor dicho, bajo la suma ley de su propia energía. Es decir, que Goya da de lo suyo, y Donoso recibe, es impulsado por algo que viene de afuera. Por eso le tenemos en opinión de un grande hombre, pero no de un genio propiamente dicho.

\*\*\*

Debemos considerarle, especialmente, un admirable orador, aquí y en el siglo de los oradores extraordinarios. Con sorpresa, al releer el celebrado fragmento de Donoso sobre *la Biblia*, parecíame estar leyendo trozos de Emilio Castelar. Es la misma generalización histórica de alto vuelo, son las mismas enumeraciones prestigiosas y brillantes, los mismos largos párrafos, la misma retórica lujosa, meridional y engalanada. En cuanto a las *profecías* de Donoso, uno de los rasgos en que más se asemeja al conde De Maistre, no sería arduo descubrir en los escritos de Castelar varias que también se realizaron. El que conoce bien el mapa político europeo, trata a los grandes personajes, está informado y además posee facultades de primer orden, ¿es mucho si alguna vez profetiza? Lo que Donoso anunciaba respecto al advenimiento próximo del Imperio en Francia, sin duda muchos lo estaban viendo venir entonces; lo que no hicieron fué escribirlo. Entre las combinaciones horribles de los acontecimientos futuros, hay muchas que la lógica anuncia y que proclamadas de antemano pueden graduarse después de *profecías*. Sin tener las aptitudes de Donoso para la política y la historia, el poeta José Zorrilla vaticinó el desastre de Sedán en aquellos conocidos versos:

«Oye, Francia versátil y altanera,  
que juegas con la fe de las naciones...»

\*\*\*

Juan Donoso Cortés poseía un espíritu soñador, un alma ardiente y mal avenida con la realidad. Acaso en el siglo xv las heroicas empresas, las aventuras, le servirían de válvula. En la Edad Media, el claustro — que entonces no era el retiro, sino un foco de actividades psicológicas inextinguible — le hubiese ofrecido el medio más adecuado a su índole. Él lo decía: la vida ideal es la vida monástica; y sin embargo permaneció en el siglo. Presenció la destrucción de los monasterios españoles, con sus tesoros de arte y de recuerdos; vió degollar a los frailes, y experimentó una impresión parecida a la que causaron a De Maistre las jornadas revolucionarias. Su imaginación viva y de mucho claroscuro quedó herida. Puede extrañarse que Donoso, con tales antecedentes, no figurase entre los carlistas jamás y fuese el acérrimo defensor de Cristina; y de hecho, la prensa tradicionalista ha bebido copiosamente en los escritos del marqués de Valdegamas. Gabino Tejedo, su discípulo, amigo y biógrafo, cumplió la evolución que parecía natural en Donoso Cortés: murió carlista resuelto y militante.

Si llegar a la celebridad y a los honores rápidamente fuese lo bastante para ser dichoso, mal se explicaría la melancolía que asombró los últimos años de la vida de Donoso Cortés, y su temprana muerte. Su carácter, aunque orgulloso y arrogante, es noble y simpático, y hoy el interés del crítico se concentra en su alma, más todavía que en sus obras, con ser éstas notables y significativas de un período de la historia del pensamiento.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

GOYA. — DONOSO

Goya es de actualidad. Ciento cuarenta obras de su fecundísimo y genial pincel se hallan expuestas en el ministerio de Fomento, en una sala dispuesta *ad hoc*, adornada con tapices y que ya se ha abierto al público, entrándose en ella por dinero y gratis. También se ha celebrado con gran solemnidad, entre motín y motín, la traslación de sus restos y los de de Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés. Huecos de hombres que fueron algo afrancesados sin dejar de ser buenos españoles — como sucede frecuentemente en las épocas de decadencia nacional, cuando la mejor manera de amar a la patria es querer inocular en sus venas la cultura de otras naciones más felices y prósperas.

Con este motivo he repasado las notas que tengo sobre Goya para un libro en preparación referente al *arte moderno*; y su personalidad exuberante se me aparece con mayor relieve, llena de brío y de animación. El gran artista se destaca sobre sus compañeros de *traslación de restos* y llena solo un período que sin él sería el triunfo de lo convencional y de la imitación fría y desmayada. Es el único verdadero *genio* de los cuatro trasladados.

\*\*\*

Goya, aunque tan próximo a nosotros, tiene ya una leyenda que no cede a la del Españolito ó de Murillo, y es en balde que el entendido y competente D. Ceferino Araujo Sánchez haya querido disiparla, porque las leyendas tienen siete vidas como los gatos, y cuando acá las matan, allá resucitan. La leyenda nos representa a un Goya calavera, mujeriego perdido, matón, pendenciero, romántico, enredado en lances con las manolas y las damas de alta alcurnia, y la verdad nos le muestra *en prosa*, clásico, pacífico, hombre de familia; aragonés neto. La leyenda nos dice que Goya fué un satírico trascendental, un tremendo simbolista, casi apocalíptico; la crítica del Sr. Araujo (en esto excesivamente negativa) rebaja mucho de estas profundas intenciones y le califica

\*\*\*